



El paradójico Joaquín Edwards Bello

Por

Luis Merino Reyes

Estábamos en Los Vilos, el villorrio de pescadores, azotado por el viento, cuando nos llegó la noticia de la muerte de Joaquín Edwards Bello. Nos alumbrábamos con luz de parafina; teníamos los ojos fatigados de leer, pero la información venida de un pequeño radio a transistores, tuvo la virtud de sacudirnos, de hacer que midiéramos el drama con las primeras sílabas de su enunciado. Joaquín estaba enfermo, anciano. Nada es más triste que la ancianidad para esos temperamentos nerviosos, vitales, enamorados de la vida, dispuestos a darse a ella con toda la adhesión o el rechazo apasionados. Lo leímos desde adolescentes y su prosa tenía la virtud de convencernos, acaso por su misma arbitrariedad, por esa magia antojadiza que su pluma extraía de la realidad más pedestre. Su arremetida inconforme tenía algo de la escabrosidad sudorosa, humana a simple vista de Vicente Blasco Ibáñez, y también la experiencia cosmopolita que dan al chileno los viajes, el continuo desplazarse por países que viven un siglo más adelante o bien perfumados por la antigüedad de muchos milenios de experiencia. Desde muchachos vimos a Joaquín Edwards Bello por las calles de Santiago, sin atrevernos a saludarlo. Como santiaguinos antiguos, tenemos terror a quedar como inoportunos o majaderos. Vestía en invierno un abrigo de cuero y un sombrero impermeable; si atisbaba una mujer atrayente, Joaquín Edwards se detenía arrobado, como incrédulo de que anduviera en movimiento tanta voluptuosidad inadvertida. Bien sabemos que la vida sin pasión se convierte en un esquema, en una rutina espantosa y hasta el amor sin la pasión imaginativa que lo dignifica, no es más que un trozo de carnicería. No recordamos cómo hablamos la primera vez

con Joaquín, pero lo recordamos sí en una oficina muy pequeña de "La Nación", escribiendo su crónica, a mano, en grandes carillas tamaño oficio. De repente se detuvo y dejó su trabajo para continuarlo en seguida; sabía por larga experiencia, que la cabeza se nubla cuando se cansa. Otra vez —deben de haber transcurrido muchos años— iba del brazo con el poeta Vicente Huidobro, por la antigua calle Ahumada, una calle céntrica con menos gente, con menos vehículos fragorosos. Edwards Bello y Huidobro, a paso rápido por la calle Ahumada, eran dos ciudadanos del mundo, con residencia en París, exiliados en Chile. No era difícil adivinar su conversación crítica y burlesca. "Si usted se cruza con un amigo —me dijo más tarde, poniéndose la mano en la boca, igual que el consejero que paladea su secreto— y lo encuentra más flaco y pálido, diga que está enfermo, y si le pregunta qué enfermedad tiene, responda que sufre de cáncer. Entonces el chileno se aleja de usted cantando". Era la idea que tenía de sus compatriotas. En otra ocasión presenciamos su alegato violento con Edgardo Garrido Merino, su amigo de juventud que en estos días de duelo despidió su restos con emocionadas y bellas remembranzas. La escena sucedió una tarde invernal en la Librería Nacimiento. Al parecer, la vociferación de Joaquín se basaba en unos documentos de su archivo que le habría facilitado a Garrido y que éste no se apresuraba a devolverle. Joaquín Edwards gritaba como un capitán de navío que reprende a su tripulación desde el puente de mando. En cambio, Garrido replicaba con serena humildad, sin explicarse la desconocida de su amigo de tantos años, en presencia de testigos más jóvenes: el notable escritor costarricense Joaquín Gutiérrez y

"Océano" 135

Abril 1968

Santiago

El paradójico Joaquín Edwards Bello [artículo] Luis Merino Reyes.

Libros y documentos

AUTORÍA

Merino Reyes, Luis, 1912-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El paradójico Joaquín Edwards Bello [artículo] Luis Merino Reyes.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile